

(TRES PLIEGOS.)



**HISTORIA**  
DE  
**LA GUIRNALDA MILAGROSA.**

---

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19



HISTORIA  
DE  
LA GUINIVALDA MILAGROSA

MADRID

Impreso en el Establecimiento de Juan de Dios

# HISTORIA

DE LA

## GUIRNALDA MILAGROSA.

---

### PRIMERA PARTE.

Cuando Don Pelayo el grito  
de guerra santa lanzó,  
para expulsar á los moros  
del territorio español,  
(que de él se hicieron señores  
por venganza, con traicion),  
coronar tan alto empeño  
resolvió en su mente Dios;  
mas en sus altos designios  
su voluntad decretó,  
que antes que del pueblo ibero  
se lograra la intencion,  
de crímenes y perjurios  
sufriese insano el rigor.  
Y si en más de cien batallas  
al sarraceno venció,  
quedó triunfante otras tantas  
el agareno pendon.

Hasta que á los ocho siglos,  
del Juez Supremo la voz,  
*al mahometismo en España*  
*exterminio*, pronunció.

Y ya entonces sus dominios  
uno-tras otro perdió,  
guardando solo en Granada  
su vergüenza y confusion.  
Mas aunque allí tributario  
quedó del rey español,  
se alzaron nuevos caudillos  
que con bizarro teson  
juran llegar á la Alhambra,  
y en el alto mirador  
clavar triunfante la enseña  
del divino Redentor.  
Y colmando sus deseos  
el más feliz galardón,

evacuaron los moriscos  
el territorio español.  
Conque del árabe imperio  
la completa destruccion,  
pricipiando en Covadonga,  
en Granada terminó.  
Para celebrar un triunfo  
de tan alta estimacion,  
el español entusiasmo  
su grandeza desplegó:  
y en justas, danzas, torneos,  
convites, de sol á sol,  
todo era fiestas Granada,  
todo lujo y esplendor.  
En banquetes y saraos,  
en buen gusto y profusion,  
nadie fué más adelante,  
ninguna casa escedió  
á don Gonzalo de Lara,  
ilustre rico infanzon,  
tan bien querido en la córte  
como apreciado en valor;  
el cual gozaba en Valencia  
una pingüe posesion,  
poblando tres mil vasallos  
su terreno productor;  
donde ostentaba un alcázar  
de riquísima labor,  
obra digna de la mano  
que diestramente lo alzó  
en una fértil campiña,  
cuyo constante verdor  
recorta en el horizonte  
su dilatada extension.  
La pradera entapizada  
de agradable tornasol,  
cruza risueño un arroyo  
saltando de flor en flor,  
brotando chispas de plata  
en su carrera veloz;  
y va con grato murmullo  
á un jardin encantador,  
donde las frutas y plantas

con su gusto y arrebol  
hacen lisonjera gala  
de la grandeza de Dios.  
Constante sirve al alcázar  
de antemural guardador  
un ancho espacioso bosque,  
donde el frondoso verdor  
el alcotan y la garza,  
la tórtola y el halcon;  
el jabali, la raposa,  
el gamo y ciervo veloz,  
en todas las estaciones  
dan al diestro cazador,  
más que alcanza su deseo  
para saciar su aficion.  
Era, en fin, toda la vega  
tapiz de inmenso grandor,  
que en plantas, aves y frutas,  
cual tierra de promision,  
la divina Providencia  
con mano franca llenó.  
En medio de tal riqueza,  
de la fortuna el favor,  
de don Gonzalo de Lara  
la ilustre cuna meció.  
Allí sus primeros años  
contento y feliz pasó,  
y allí gozó las primeras  
ilusiones del amor.  
Al camplir los cinco lustros  
en matrimonio se unió  
con una jóven doncella,  
doña Adela de Giron,  
parienta en próximo grado  
del noble Cid Campeador.  
Doña Adela era un dechado  
de la humana perfeccion,  
de hermosura y de talento,  
gracia, virtud y candor.  
Su edad la de los amores:  
pura como el arrebol  
que ostenta al aura de Mayo  
el capullo de una flor.

Para amar y ser amado  
nacido su corazón,  
del puro amor de su esposo  
era constante crisol.  
Y su esposo por su parte  
oiego y constante la amó;  
pudiendo muy bien decirse  
con acertada razón,  
que á don Gonzalo y Adela  
quiso dar el Criador,  
una voluntad á entrambos  
y un alma para los dos.  
Al año del matrimonio  
un hijo el cielo les dió,  
para completar lo bello  
de tan venturosa union.  
Guillen le dieron por nombre,  
y el niño no desmintió  
de su muy ilustre alcurnia  
la esclarecida opinion;  
pues desde su tierna infancia  
claramente demostró,  
que sería con el tiempo  
de sus mayores honor.  
Su aplicacion al estudio  
y su talento precoz,  
en breve dieron el fruto  
de su esmerada instruccion.  
Con que siendo de sus padres  
el embeleso mayor,  
contentos y satisfechos  
de su reciproco amor,  
doña Adela y don Gonzalo  
vivian ambos á dos  
en un mundo de delicias  
que concertó el mismo Dios,  
y del cual solo el infierno  
podiera ser torcedor.  
Contaban así diez años  
en tan dichosa ilusion,  
cuando al cerco de Granada  
don Gonzalo se ausentó;  
y á siglos contando el tiempo

de aquella separacion,  
tan luego como domado  
el sarraceno furor,  
el triunfo del cristianismo  
asegurado quedó,  
al seno de su familia  
Lara de volver trató.  
En el tiempo que en Granada  
residió, tuvo ocasion  
de ser, como muchos otros,  
testigo y admirador  
del talento inagotable  
y profunda erudicion  
de un árabe rico y noble,  
que por su ciencia logró  
en la córte del rey moro  
muy distinguido favor.  
Abdul tenia por nombre;  
su aspecto, sin ser feroz,  
era grave; mirar franco,  
y de atezado color.  
Su lenguaje tan ameno,  
su génio tan seductor,  
que no era dable tratarle  
y no cobrarle aficion.  
Así con él don Gonzalo  
tal amistad estrechó,  
que sintiendo en la partida  
tanto su separacion,  
como si fuera de un deudo,  
un medio fácil pensó,  
por el cual pudieran juntos  
seguir viviendo los dos;  
llevándosele consigo  
á completar la instruccion  
de su hijo, á cuyo efecto,  
largamente le ofreció  
recompensar su trabajo.  
Sobre tal proposicion,  
Abdul por algunos dias  
maduramente pensó:  
de una parte le llamaba  
del suelo pátrio la voz;

por otra, secreto impulso  
escitaba su ambicion.  
Al fin al segundo lado  
su voluntad se inclinó,  
y reuniendo sus bienes  
en joyas de gran valor  
tornando á mirar cien veces  
el solar donde nació;  
dejando, en fin, en Granada  
sellado el último adios,  
en direccion á Valencia  
con el de Lara partió.  
Pintar aquí con acierto  
la dulce satisfaccion  
de doña Adela, en el dia  
que la nueva recibió  
de la vuelta de su esposo,  
fuera empresa superior  
al ingenio limitado  
que Dios al hombre le dió:  
y á más inútil seria  
para quien sepa de amor,  
al decir que con el alma,  
la vida y el corazon  
se aguarda á un bien adorado  
que tiempo há se ausentó,  
mucho más cuando en peligro  
perdido se le lloró.  
Cuando del momento ansiado  
el dia por fin llegó,  
y en alas de su deseo  
Adela salió veloz  
al encuentro de su esposo;  
al instante que le vió,  
si grande fué su contento  
fué su sorpresa mayor  
al reparar en el moro,  
fijando en él su atencion.  
Abdul tambien por su parte  
con asombro la miró;  
mas reprimió un movimiento,  
quiso hablar y vaciló;  
centellearon sus ojos,

y cortés la saludó.  
Ella quiso recobrase  
de su primer estupor;  
mas fuese secreto impulso  
ó acertada prevencion,  
en el semblante y acento  
del moro aquel, encontró  
la perfecta semejanza  
de otro rostro y otra voz,  
que á ser su tormento eterno,  
en su memoria guardó.  
Y por más que ante su esposo  
disimulara el dolor,  
como el cristal de una fuente  
empaña raudo aquilon,  
la mirada de aquel hombre  
todo su gozo nubló,  
recordándola otros tiempos,  
tiempos de acerbo dolor;  
dias de amargura y llanto  
en que á su padre perdió.  
De cuyo triste suceso  
constantemente ocultó  
á su esposo los detalles,  
poseida del temor  
de que si un dia llegase  
á descubrir el autor,  
pondria en riesgo su vida  
por tomar satisfaccion.  
D. Gonzalo enajenado  
de contento no advirtió  
ni la sensacion de Adela,  
ni de Abdul la turbacion:  
con lo cual de aquel misterio  
corrido el velo quedó:  
el de Lara, disfrutando  
la dulce satisfaccion  
de poseer en su casa  
el inapreciable amor  
de su esposa y de su hijo,  
quienes á su vez, los dos  
le proporcionaban dichas  
que el mismo cielo envidió.

Abdul sofocó en su pecho la llama que en él ardió á un impulso irresistible, en impensada ocasion: y aunque tal vez en secreto se conservara el calor, á nadie le fuera fácil el penetrar su intencion, segun el loable esmero que desde luego mostró, ya con Guillen, á quien daba extensa y sábia instruccion, ya siendo de don Gonzalo, solícito y previsor, aun más que amigo, vasallo y esclavo de su opinion; teniendo, en fin, con Adela tal prudencia y atencion, que se convenció ella misma de que tan solo un error pudo turbar sus sentidos la primer vez que le vió; pues no encontró en sus facciones aunque mucho le observó, ni en su trato delicado y amable circunspeccion, nada en que se descubriera el hombre amenazador, que tanto preocupaba su ardiente imaginacion. Luego trocando en aprecio lo que primero fué horror, volvió el contento á su alma y el sosiego al corazon. Abdul por la fé cristiana abjuró su religion, y nombrándole Marcelo, el bautismo recibió. En tan sacra ceremonia Gonzalo le apadrinó, y se celebró el festejo con toda la ostentacion que el asunto requería,

de un noble y rico señor. Con que toda la familia ya desde entonces tornó á ser feliz y dichosa, como era en tiempo anterior; así un dia y otro dia, un mes y otro mes pasó.

---

Uno tras otro los años, trazando su curso al tiempo sobre la faz de la tierra cruzan con rápido vuelo: y si el hombre cuando empieza á usar del entendimiento, medítase de las dichas lo vano y percedero, y que pasados los años fugaces instantes fueron, serian menos sus culpas y sus desventuras menos. Vivieron más de tres años en envidiable sosiego, Guillen, Gonzalo y Adela, y el moro recién converso. Pero las guerras continuas en que se agitaba el reino, al Estado de Gonzalo llevaron el desconcierto. De las armas de Castilla sonó el belicoso estruendo, y los pueblos que á Fernando y á Isabel rendian feudo, en torno de sus pendones animosos acudieron para defender la causa con bizarría y denuedo, cada cual rivalizando para llegar el primero. Cuando la trompa guerrera llevó á Valencia sus ecos, Gonzalo, cual buen vasallo

**y valiente caballero,**  
de su obligacion conoce  
los intachables preceptos.  
De su patria ve la gloria,  
de su rey oye el acento,  
y en patriótico entusiasmo  
enardecido su pecho,  
enarbola su estandarte  
sin desperdiciar momento,  
formando legion gallarda  
de hidalgos y de pecheros.  
Abdul, al cual parecia  
que habia dotado el cielo,  
sin duda con altos fines,  
de un universal talento,  
ayudando á don Gonzalo  
que se ocupa en los aprestos,  
con sábias disposiciones  
muestra su instinto guerrero;  
ya sagaz y vigilante  
las escuadras recorriendo;  
dando instruccion al recluta  
con infatigable celo,  
ya, cual veterano jefe,  
la gente distribuyendo  
de modo que toda pueda  
servir en lances diversos;  
ya en fin, con prudencia y tino  
á la legion proveyendo  
para una larga jornada,  
de víveres y pertrechos.  
Doña Adela por su parte  
se esforzaba, pretendiendo  
retardar aquella ausencia  
con ingeniosos pretextos;  
hasta que al fin ya cercano  
el malhadado momento,  
el cariño de su esposo  
puso á prueba recurriendo  
á las poderosas armas  
de lágrimas y de ruegos.  
Pero por más que Gonzalo  
sienta dolor tan inmenso,

la sensacion que le causa  
sofoca dentro del pecho;  
que si de un lado le induce  
á la tardanza su afecto,  
del otro su rey le llama,  
y obedecerle es primero.  
En Guillen tambien ardia  
del pátrio entusiasmo el fuego,  
y aunque acompañar al padre  
quisiera en su santo empeño,  
ni su edad lo permitía,  
siendo un imberbe mancebo,  
ni aunque esfuerzo le sobrara  
seria prudente hacerlo,  
por cifrar en él su madre  
su solo amparo y consuelo.  
Pues por más que D. Gonzalo  
tal vez á mayores riesgos  
que la campaña presente,  
hubiera su vida expuesto  
en diversas ocasiones,  
jamás en Adela hicieron  
temer, como en la de ahora,  
un lamentable suceso.  
Y cuando pesa en el alma  
un triste presentimiento,  
son cortas las reflexiones  
del más despejado ingenio;  
que á cada paso que damos  
delante nos pinta el miedo,  
en cada sombra un fantasma,  
en cada voz un espectro.  
Llegó el dia tan temido,  
que todo estando dispuesto,  
principiaron las escuadras  
á ponerse en movimiento.  
Hermosa la quinta aurora  
lució de Mayo risueño:  
suave el céfiro movía  
sus leves alas meciendo  
de las soñolientas flores  
los varios capullos tiernos,  
y las inocentes aves,

con armoniosos acentos,  
de rama en rama saltando,  
publicaban su contento,  
al asomar en Oriente,  
bajo trasparente velo  
perfilado de oro y grana,  
del sol los rubios cabellos.  
Todo era encanto y dulzura;  
todo anunciaba en el cielo  
traer á la tierra un día  
grato, apacible y sereno.  
Los atabales y trompas  
la señal de marcha hicieron;  
y los pajizos pendones  
sus pliegues flotando al viento;  
y los gallardos plumajes  
el ancho espacio cubriendo,  
en leves ondulaciones  
de cien colores diversos;  
y las aguzadas lanzas  
volviendo al sol sus reflejos,  
en breve tiempo, al mandato  
de una sola voz hicieron  
de topacios y diamantes  
lujoso tapiz, fingiendo  
que caprichoso cubria  
selvas, llanuras y cerros.  
Al recibir el de Lara  
de Adela el adios postrero,  
esta con amargo llanto  
alzó los ojos al cielo,  
y como de un rayo herida,  
cayó de repente al suelo  
lanzando un agudo grito  
de los que rasgan el pecho.  
Fatal y cruel mirada!  
Presagio terrible, acerbo!  
Al estraviarse sus ojos  
en el horizonte vieron  
rápidamente elevarse  
un nubarrón denso, negro,  
que á oscurecer principiaba  
del sol los rayos primeros;

y en torno de sus cabezas  
girar con pesado vuelo,  
cerniéndose en el espacio,  
sobre el alcázar un cuervo.  
A la exclamación de Adela  
Gonzalo reparó en ello;  
pero á más que no sería  
cordura prestar ascenso  
á triviales incidentes,  
que son para el mundo agüeros,  
cuando la huéste marchaba  
con tan bizarro denuedo  
fuera mengua de su jefe  
detenerse ni un momento.  
Y aunque algun instante estuvo  
confuso, absorto y suspenso,  
mal resistiendo la lucha  
de afectos varios y opuestos,  
devorando la amargura  
de su dolor en secreto,  
sobre la frente de Adela  
estampó un ardiente beso;  
dió un fuerte abrazo á su hijo,  
tomó la mano á Marcelo,  
y estrechándola en las suyas  
con el más cordial afecto,  
le dijo: «Mi fiel amigo,  
á tu cuidado encomiendo  
de mi familia y Estados  
la conservacion y arreglo:  
si mucho es lo que te pido,  
es mucho más lo que espero  
de tu amistad intachable,  
de tu inteligencia y celo;  
y así, más que de mis bienes,  
lo que te encargo y te ruego,  
que cuides mucho á mi esposa  
y mi hijo, á quienes dejo,  
sabe Dios que con el alma,  
porque otra cosa no puedo;  
llevando conmigo el áspid,  
de cuyo cruel veneno  
abrasadas las entrañas,

casi el corazón deshecho,  
me vá ya quitando el habla  
y me quitará el aliento.»  
Algunas palabra quiso  
añadir; mas conociendo  
que le faltaban las fuerzas,  
montó á caballo ligero;  
empañáronse sus ojos,  
y sin aguardar el tiempo  
de escuchar las reflexiones  
que quiso hacerle Marcelo,  
calándose la visera  
partió veloz como el viento.  
En breve, tras de su espalda  
quedándose el bosque espeso,  
volvió el rostro hácia su casa,  
y ya sus ojos no vieron  
ni las torres del palacio,  
ni los floridos oteros;  
y aterrado, confundido,  
más que si fuera de hielo,  
dejó caer su cabeza  
hasta tocar en el pecho,  
en tanto que á rienda suelta  
siguió el caballo corriendo,  
á encontrar los escuadrones  
que delante de él salieron.  
Cuando la infeliz Adela  
recobró el conocimiento,  
Guillen estaba á su lado,  
dando á sus penas consuelo;  
y como á todo el que sufre  
vaivenes del hádo adverso,  
sus penas participadas  
dan á sus males remedio,  
la madre y el hijo entrambos  
por una causa sufriendo,  
pasados algunos dias  
llegaron al mismo efecto,  
logrando de sus pesares  
hacer los rigores menos.  
Marcelo, desde la hora  
en que se quedó cual dueño

de la casa, por encargo  
de D. Gonzalo, su aspecto  
cambió de cortés y afable,  
en algun tanto soberbio.  
Las atenciones que tuvo  
antes con Adela, fueron  
desde entonces claras muestras  
de atrevido galanteo.  
Ella sorprendida, absorta  
con tan no esperado intento,  
creyó confundir su audacia,  
tratándole con desprecio;  
mas él feroz, insolente  
siguió estrechando el asedio,  
con pertinaz osadía,  
hasta llegar al extremo  
de emplear las amenazas  
para lograr su deseo.  
Entonces fué cuando Adela  
temió sucumbir al peso  
de su desventura horrible,  
tan tarde reconociendo  
en el moro convertido  
al hombre vil y perverso  
que fué tal vez de su padre  
el homicida instrumento,  
forjando con pesadumbres  
de un loco y tenaz empeño.  
Y como á nadie tenia  
por amparo en tanto riesgo  
sino á Guillen, y era débil  
su vigilancia y esfuerzo,  
contra el poder enemigo  
tan formidable y tan diestro,  
se retiró con su hijo  
al más seguro aposento  
de una impenetrable torre  
del alcázar; no saliendo  
sino de él acompañada,  
en las horas que Marcelo  
empleado en sus faenas,  
del palacio estaba lejos.  
Pero ni aun así tranquila

determinó escribir luego á su esposo y avisarle tan increíble suceso que amenazaba su vida, y haciéndolo así en efecto, con todas las precauciones que para el mejor acierto se requerían al caso, hizo que marchara el pliego. Cuando llegó don Gonzalo á incorporarse á los tercios que á las partidas rebeldes de cerca iban persiguiendo, consiguieron alcanzarlas en tan acertado encuentro, que allí quedaron vencidas, dejando el campo cubierto de ensangrentados despojos; y sus fugitivos restos fueron presa del de Lara, para gloriosos trofeos: con lo cual ya terminado el más importante objeto que para ponerse en marcha aquellas tropas tuvieron, dirigiéndose á la corte y á sus inmediatos pueblos, para esperar nueva orden se acuartelaron en ellos. Iban cerca de dos meses que don Gonzalo sufría entre temores y dudas irresistibles tormentos, no sabía de su esposa; pues aunque con hondo anhelo á su casa muchas veces mandó mensajes diversos, ni con cartas ni con nuevas á verle jamás volvieron, cual si hubiera en el camino, para estorbar su regreso, un abismo inmensurable que los hundiera en su centro.

Quando ya casi estallaba su acalorado cerebro, á impulso de congeturas y de cálculos siniestros, paseándose una tarde solitario y macilento, vió llegar como en su busca, sobre un caballo ligero, un hombre que cabalgaba completamente encubierto, con el embozo á las cejas y hasta el embozo el sombrero. Acercándose á Gonzalo, como el que sabe de cierto quién es á quien se dirige, puso en sus manos un pliego sin hablar una palabra; picó al caballo de recio y se perdió en el espacio á rienda suelta corriendo. Atónito don Gonzalo con semejante misterio, trató de saber ansioso de aquel papel el concepto: y con mano temblorosa rompiendo el lacrado sello en mal conformadas letras, leyó en semejantes términos:

«Si ultrajado y ofendido, sin consuelo ni reposo, enamorado y celoso, despreciado, envilecido, estais de venganza ansioso, no con indolente calma desperdiciéis la ocasion, que breves las horas son, y á los desquites del alma nunca en tardar hay razon. No abriguéis la confianza de que reveses mundanos purgan delitos humanos: si quereis, señor, venganza,

tomadla por vuestras manos;  
venid, vereis, entre ruinas,  
de vuestra casa despojos,  
estragos, iras y enojos,  
sangre, cenizas, espinas  
arena, cieno, y abrojos.»

Al terminar la lectura,  
de tan terrible concepto  
(que solo de sus entrañas  
pudo abortar el averno)  
don Gonzalo anonadado,  
de pasmo y asombro lleno,  
giró en rededor la vista  
y no vió ningun objeto;  
paralizada su sangre  
y contraídos sus nervios,  
sin acertar á moverse  
quedó con espanto fiero;  
hasta que de su desmayo  
le sacó el lúgubre acento  
de un cárabo que gritaba  
en un inmediato fresno,  
y fijando en una idea  
su agitado pensamiento,  
resuelve marchar al punto  
á su casa y ver si es cierto  
lo que el anónimo dice;  
y haciéndolo desde luego,  
sin ser visto de los suyos  
abandonó el campamento,  
ya bien entrada la noche,  
fiando su amparo al cielo.  
Cuando partió don Gonzalo,  
en aquel mismo momento  
el destino señalaba  
con su inexorable dedo,  
el término á donde Adela  
debía llegar muy presto.  
En torno de su palacio  
todo era dulce sosiego,  
y solaz grato en su estancia,  
brindaba el jardín ameno.

Con tranquilidad la noche  
iba su curso siguiendo,  
y la luna entre celajes,  
de color amarillento  
tornasolaba las flores  
que suave halagaba el céfiro.  
Solo en la verde enramada  
interrumpia el silencio,  
el ruiseñor amoroso,  
con melodioso gorjeo,  
de la fuente cristalina  
el constante saltadero,  
y el compasado murmullo  
del bullicioso arroyuelo.  
Juntó al palacio, en un sitio  
fragante, frondoso y bello,  
se hallaban dos personajes,  
en inocente recreo.

Una hermosa y jóven dama,  
en cuyo semblante bello  
se traslucian señales  
de algun padecer interno;  
y que vestida de blanco,  
su talle gentil y esbelto,  
sus matizadas mejillas  
y su trasparente cuello,  
daban enojo á las rosas  
y á las azucenas celos,  
con inequívocas muestras  
del más entrañable afecto,  
fijaba con entusiasmo

us hermosos ojos negros  
en la figura de un jóven  
gallardo, afable y apuesto.  
Era su tez sonrosada,  
blondo su rubio cabello;  
eran estrellas sus ojos;  
leve y flexible su cuerpo.  
Tan visibles perfecciones  
acumulaba el mancebo,  
que la dama extasiada,  
se imaginaba estar viendo  
más bien que de un ser humano

la imagen de alado genio.  
Era la joven Adela,  
y Guillen, el garzon bello,  
que dulcemente y juntando,  
con maestría y gracejo,  
los sonidos de una lira  
á su encantador acento,  
en sentidas consonancia  
cantaba estos tristes versos:

Mal descansa con dolor  
quien entre espinas y abrojos,  
en cuanto pone los ojos,  
ansias encuentra y temor.  
Qué rigor!  
Al ver un abismo abierto,  
temiendo en él ser de cierto  
sumergido,  
soñar con penas dormido;  
y hallar desdichas despierto.  
Ay del que al recuerdo fiel  
de una esperanza perdida,  
pasa el mayo de la vida  
en amargura cruel!  
Ay de aquel  
que en el mundo maltratado  
por los vaivenes del hado  
caprichoso,  
después de verse dichoso  
llega á verse desdichado!

Aquí Guillen se detuvo  
para recobrar su aliento;  
que su corazón latía  
con tal violencia en el pecho,  
cual si quisiera salirse  
de su limitado centro,  
tal vez leal presagiando  
algun extraño suceso.  
Breves instantes pasaron  
en misterioso silencio:  
de una sonora campana  
en un relój no muy lejos,

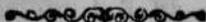
rodaron por el espacio  
doce compasados ecos.  
Su faz ocultó la luna,  
silbó con dureza el viento,  
y las puertas del palacio  
sobre sus goznes crujieron.  
Adela y Guillen entonces,  
de terror y espanto llenos,  
quisieron dejar el sitio,  
mas no pudieron hacerlo;  
pues antes de dar un paso,  
sobre sus cabezas vieron  
con impetu formidable  
brillar un agudo acero;  
y al querer brioso el joven  
parar el golpe primero,  
regando el suelo de sangre  
cayó sin conocimiento.  
Casi en el instante mismo  
oyóse un ¡ay! lastimero  
y una voz que roncamente  
pronunciaba: «Al fin me vengo!»  
«Sí... ¿me conoces, Adela?»  
«¿conoces al que otro tiempo,  
porque tuvo la desgracia  
de amarnos hasta el extremo,  
con vileza vuestro padre  
le afrentó altivo y soberbio  
y á pesar de tal ultraje  
supo sufrir en secreto,  
de vuestro padre alevoso  
el rencor no satisfecho;  
con persecucion odiosa  
logró obligarle al destierro?»  
Adela exclamó: asesino,  
Marcelo infame, teneos!!  
«—Tenedme! si, cuando vea  
terminado mi deseo.  
¿Tuvisteis vos, por ventura,  
piedad de mis sufrimientos,  
cuando al saber que un amante  
vos idolatraba ciego,  
el corazón á pedazos

»le desgarrábais con celos?  
»¿Y acaso fué vuestro padre  
»conmigo menos severo,  
»cuando al sorprender la carta  
»que os declaraba mi afecto,  
»me buscó, me insultó airado,  
»porque bastardo desciendo  
»de una mora y un cristiano  
»aunque noble caballero?  
»Y al tratar de vindicarme  
»yo de tanto vilipendio,  
»su mano estampó en mi rostro,  
»encontrándome indefenso.  
»Yo no pudiendo otra cosa,  
»hice entonces juramento  
»de que semejante ofensa,  
»fuese más tarde ó más presto,  
»se lavaria en su sangre,  
»pero de un modo tremendo.  
»Mientras estaba esperando  
»propiciaocasion de hacerlo,  
»me persiguió vuestro padre  
»con tal encarnizamiento,  
»que tuve secretamente  
»que ponerme á salvo huyendo.  
»Al dirígerme á Granada,  
»donde tenia mis deudos,  
»aquí dejé confiado  
»á un amigo el cumplimento  
»de lo que jurado estaba,  
»sin haber tenido efecto.  
»De la religion cristiana  
»renegando llegué luego  
»del rey moro de Granada  
»á ser visir predilecto.  
»Allí supe que mi amigo  
»acortó con un veneno  
»la vida de vuestro padre,  
»por no encontrar otro medio.  
Mas mi venganza no estaba  
»satisfecha por completo:  
»necesitaba que fuese  
»tan terrible el escarmiento,

»como grande fué el ultraje  
»que á mí me se habia hecho.  
»Sin duda el satisfacerme,  
»tomó á su cuenta el infierno,  
»pues por medios tan estraños  
»llegué al caso en que me veo;  
»y así, si quiso la suerte  
»bajo mis manos poneros,  
»no he de ser yo quien quebrante  
»sus infalibles decretos.»  
Dijo, y con furia horrible  
acometió sin dar tiempo  
á que la infeliz Adela  
pronunciase ni un acento:  
sólo tres hondos suspiros  
en la oscuridad se oyeron;  
tres veces hirió la daga  
de la infeliz dama el pecho.  
Entonces rugió furioso  
desencadenado viento;  
envistió con el alcázar,  
y derribándole al suelo,  
quedó el espacioso valle  
de polvo y ruinas cubierto:  
pereció el frondoso bosque;  
los altos bosques se hundieron  
y las fuentes y los rios  
su corriente suspendiendo,  
en pantanos y lagunas  
sus cristales convirtieron,  
y así, cuando don Gonzalo  
guiado por su deseo,  
de sus estados antiguos  
creyó pisar los linderos,  
tan solo encontró á su vista  
un espantable desierto;  
pues de las celestes iras,  
los pastores y labriegos,  
las aves y los ganados  
despavoridos huyeron;  
quedándose aquel recinto  
de tan horroroso aspecto,  
que don Gonzalo dudando

si era realidad ó ensueño,  
aterrado se detuvo;  
hasta que al fin sucumbiendo  
al peso de su desgracia,  
cayó sin sentido al suelo.  
Tan triste cuadro la noche  
cubrió con su negro velo;

la antigua heredad de Lara  
quedó en sepulcral sosiego,  
y entre el polvo de sus ruinas  
su desventurado dueño,  
sin que pudiera saberse  
si estaba con vida ó muerto.



## SEGUNDA PARTE.

Después que completo triunfo  
de las sarracenas armas  
lograron los españoles,  
los católicos monarcas  
intentaron la conquista  
más gloriosa y más preciada  
de cuantas dieron laureles  
á la corona de España:  
tal fué la del Nuevo-Mundo  
que con temeraria audacia  
emprendió Cortés coloso,  
haciendo eterna su fama.  
Cuando la gente dispuesta,  
ya solamente se aguarda  
la señal de que á Occidente  
su rumbo emprenda la escuadra,  
golfo de confusos ecos  
son de Valencia las playas:  
los ancianos, que al guerrero  
animan con sus palabras;  
las madres y las esposas,  
al viento dando sus lágrimas;  
con jácaras los soldados,  
las vírgenes con plegarias.  
En un día en que, cual otros,  
después de escenas tan variadas,  
ya población bulliciosa  
ya sosegada se halla,

calmando su furia el cielo  
de una tormenta pasada,  
roba á la tierra la luna,  
envuelta entre nubes pardas.  
Es más de la media noche,  
según á juzgar se alcanza;  
y en sueño tranquilo el pueblo  
de sus fatigas descansa.  
Solo en una oculta calle,  
que es de muchos ignorada,  
escúchase un triste acento,  
que al parecer sollozaba.  
También con él se confunden  
otras cortadas palabras,  
pero no fuera posible  
saberse de dónde salgan,  
si la luna que ya entonces  
su rostro desembozaba,  
no dejase ver á intervalos  
ser un galán y una dama;  
que ella detrás de una reja  
y él en la calle se hablaban.  
Aunque en sentidos opuestos,  
tratan los dos una causa,  
sus penas ella diciendo,  
cuando él declara sus ansias;  
pidiéndola amores él,  
ella sintiendo mudanzas.

Quedaron luego en silencio,  
y al cabo de breve pausa,

escuchóse al de la calle  
decir resuelto en voz alta:



«Vive Dios, que ya Isabel,  
«estais demás porfiada!  
«Sabeis, Isabel, que tengo  
«por nombre Guillen de Lara?  
«Sabeis que vino mi cuna  
«de tan ilustre prosapia,  
«que si el sol se le atreviera  
«bien pronto se avergonzara,  
«porque viera que su brillo  
«con el de aquella no iguala?  
«Y sabeis que si esta sangre  
«un hombre en sus venas guarda  
«no puede vivir sin honra,  
«y ha de saber sustentarla,  
«en fé de prenda que debe  
«á Dios, al rey y á su dama?

«Pues si todo esto sabeis,  
«podeis estar sosegada;  
«que Guillen aprecia menos  
«la vida que su palabra.  
— Un año que me la disteis...  
— Un año, cierto, bastaba  
«para que hubiese cumplido  
«mi amor y vuestra esperanza;  
«pero si quiso la suerte  
«mecermé en cuna dorada,  
«no quiso que yo clavase  
«la rueda de la desgracia.  
«Seis años ha que el destino  
«persiguiéndome con saña,  
«hasta la tierra que piso  
«zozobra bajo mis plantas.

Perdí desgraciadamente  
las prendas que más amaba:  
perdí mis padres, mis bienes;  
con ellos perdí mi casa!  
y estuve también tan cerca  
de que mi vida acabára,  
que debo tener de cierto  
á milagro el conservarla.  
Hallándome ya espirando,  
en aquella noche aciaga  
que fué víctima inocente  
mi madre desventurada,  
en éxtasis delicioso,  
que el alma me arrebatava,  
ví que se rasgaba el cielo  
con resplandor de oro y grana;  
y entre vaporosas nubes  
y entre celajes de nácar,  
un trono de serafines  
llevando sobre sus alas,  
cual si fuera leve pluma,  
una hermosísima dama,  
cuya rubia cabellera  
vistosamente adornaba,  
de blancas fragantes rosas  
una graciosa guirnalda:  
de púrpura su vestido,  
manto azul, que tachonaban  
mil refulgentes estrellas,  
que á las del cielo eclipsaban.  
Era esta excelsa Señora  
la Virgen inmaculada,  
que de la mansion eterna  
con tanta pompa bajaba.  
Entonces mil instrumentos  
en sonoras consonancias,  
poblando el inmenso espacio,  
la hicieron celeste salva;  
y cuando tornó de nuevo  
hacia el Empireo su marcha,  
al pié de su régio trono  
veíase arrodillada  
una señora vestida

de leve túnica blanca;  
una estrella refulgente  
sobre su frente brillaba,  
y en su cuello de alabastro  
que envidia á la nieve daba,  
cinco encendidos rubies  
su fuego reverberaban:  
cinco rojas cicatrices  
que hizo rencorosa daga;  
pues aquella era mi madre,  
que tras desventuras tantas,  
hallaba en la gloria eterna  
de sus virtudes la palma.  
Ignoro desde aquel punto  
lo que conmigo pasára;  
porque ni sé cuánto tiempo  
tuve la razon turbada,  
ni quién me sacó del sitio  
en que espirante me hallaba.  
Me ví cuando abrí los ojos,  
en una modesta estancia,  
que de un pobre monasterio  
ser la celda figuraba.  
Delante de un crucifijo  
que habia junto á mi cama,  
venerable y fervoroso  
un religioso rezaba.  
Sus sabias exhortaciones  
y su asistencia esmerada,  
me hicieron en breve tiempo  
que la salud recobrará.  
Entonces busqué anhelante  
mis estados y mi casa;  
pero perdido entre ruinas,  
no me fué posible hallarla.  
Era de noche; la luna  
brillaba con luz opaca:  
sin direccion y sin guía  
mi tardo paso vagaba.  
Caminé toda la noche,  
y al crepúsculo del alba,  
distinguí que muy distante  
del suelo pátrio me hallaba.

Con intencion decidida  
seguí adelante mi marcha,  
logrando al cabo de pocas,  
pero penosas jornadas,  
estar dentro del recinto  
de la córte de Granada,  
y por término de viaje,  
en ella fijé mi estancia.  
Pasaban días y meses,  
los años tambien pasaban,  
y no pasaban las horas  
de mi deshecha borrasca.  
Entre continuos pesares,  
zozobras, congojas y ánsias,  
corria mi triste vida  
sin alivio ni esperanza;  
cuando por la vez primera  
ví vuestra hermosura rara,  
que cautivó desde luego  
mi corazon, vida y alma.  
De que seré vuestro esposo  
tengo palabra empeñada;  
pero por más que al sagrado  
mirase de mi palabra,  
¿cómo queriais que uniese  
vuestro amor á mi desgracia?  
Vinisteis luego á Valencia,  
y aunque un pesar me empeñara  
en no ver más sus arenas,  
ni más respirar sus auras,  
para quebrantar mi empeño  
el venir tras vos me basta.  
Pero ay! cómo los deseos  
al desventurado engañan!  
Cuando en vuestro amor veia  
el iris de mi bonanza,  
con inmerecidas quejas  
vuestros rigores me matan.»  
—»Por acabar tu suplicio,  
una bien certera espada  
pondrá término á tu vida  
si esos rigores no bastan;»  
acercándose á la reja

dijo una voz destemplada.  
Y antes que Guillen tuviese  
tiempo de ponerse en guardia,  
un resplandeciente acero  
ante su pecho brillaba.  
Pero el jóven que al peligro  
jamás le volvió la espalda,  
evitando el primer golpe,  
á su adversario se lanza,  
confundiendo en lid sangrienta  
de tajos y de estocadas.  
Envueltas en densas tinieblas  
quedó tan fatal batalla,  
sin saberse á quien protege  
la fortuna de las armas.  
Pasados breves instantes  
al ruido pasó la calma,  
un bulto habia en el suelo;  
otro bulto se alejaba;  
estaba la reja sola,  
y la ventana cerrada.  
A poco de allí en la torre  
las tres marcó una campana.

---

Tras noche tan borrascosa  
lució hermosísimo el dia,  
y las gentes que durmieran  
sosegadas y tranquilas,  
al despertar de la aurora  
con regocijo se agitan.  
Todos van hácia las playas,  
donde todo es alegría;  
todo es guerrero entusiasmo,  
todo patriotismo y vida.  
La escuadra que al Occidente  
su rumbo incierto encamina,  
los aprestos del embarque  
confusamente principia.  
Oyese una voz de mando;  
se calma la gritería,  
y la expedicion velera

con viento en popa camina.  
Cuando este animado cuadro  
en la playa se ofrecia,  
otro más interesante  
se hallaba en una capilla,  
en medio de una alameda  
á la poblacion contigua;  
en cuyo ameno recinto  
se custodiaba una ermita,  
que en la memoria del tiempo  
su fundacion se perdia,  
siendo tan pobre de aspecto,  
como de milagros rica,  
morando en ella la imágen  
de la Virgen sin mancilla,  
la madre del Verbo hermoso,  
á quien el vulgo apellida  
«La Virgen de la Guirnalda  
reina de las maravillas,»  
á cuyas plantas las gentes  
fervorosas acudian,  
como templo de sus bienes  
y amparo de sus desdichas.  
Ante imágen tan sagrada  
en la hora referida  
estaba un rubio mancebo  
en oracion, de rodillas.  
Era el altar de alabastro  
hecho con arte prolija,  
ostentándose grandiosa  
en él la Virgen Santísima,  
que en sus amorosos brazos  
al Niño Jesús tenia.  
De la celestial Señora  
la cándida sien ceñía,  
deslumbrando con su brillo,  
una guirnalda magnífica,  
á la claridad cristiana.  
de los devotos debida.  
Erase pues la guirnalda,  
labrada en oro maciza,  
y en sus flores engastada  
riquísima pedrería.

El mancebo que rogando  
á la Majestad divina,  
con fé de cristiano estaba,  
y fervoroso pedia  
á la reina de los cielos  
su intercesion infinita,  
en éxtasis delicioso  
su imaginacion perdida,  
tan sin movimiento estaba,  
que su cuerpo parecia  
yerto cadáver humano,  
ó estatua de mármol fria.  
Pasando así un largo rato  
sin dar señales de vida,  
por fin su pecho agitado,  
profundamente suspira;  
luego girando suspenso,  
en torno suyo la vista,  
y pensando el levantarse,  
quiso hacerlo y no podia;  
pues entre dos decisiones  
su voluntad suspendida,  
si la una le impulsaba,  
la otra le detenía;  
y al pretender decidido  
del suelo alzar las rodillas,  
un poder irresistible  
con fuerza se lo impedia,  
cual si sobre el duro suelo  
le hubiesen quedado fijas.  
Alzó de nuevo los ojos  
hácia la Imágen Santísima;  
y vió que aquella Señora  
la mano diestra movía.  
Sorprendido y admirado  
con aquella maravilla,  
por más que dentro de su alma  
se abrigase una fé viva,  
zozobrando algun momento,  
dudó si acaso sería  
de su mente acalorada  
una apariencia fingida.  
Mas luego reflexionando

cuánto al Señor ofendia,  
poniendo en duda un instante  
su omnipotencia infinita,  
con más fervor que al principio,  
si mayor fervor cabía,  
baja humilde la cabeza,  
con devoción se santigua,  
y en mental plegaria reza  
la Salve y Ave-María.

Entonces en sus oídos  
resuena clara y distinta  
una voz, que por lo dulce,  
de algún ángel parecía;  
y suspendiendo su alma,  
de esta manera se explica:  
«Dios te honrará como tú  
le has honrado en algún día;  
»tus plegarias ha escuchado,  
»y con su gracia infinita  
»te amparará cuando más  
»lo necesites, confía  
»en que te ha de pagar Dios  
»lo que mereces, con dichas  
»que en tí y en tu descendencia  
»se conserven sucesivas.»

Dijo: y el eco rodando  
con celestial armonía,  
fué perdiendo en el espacio  
cuanto de humano tenía.

El jóven alzó gozoso  
hacia la Virgen su vista,  
y vió en el instante mismo  
que de su mano caía  
una flor de la guirnalda,  
la más brillante y más linda,  
cuya graciosa figura  
y cuya belleza rica,  
al ser imán de los ojos,  
dejaba el alma cautiva,  
y con ser de tal grandeza  
y hechura tan exquisita,  
no recibió ni el más leve  
deterioro en su caída.

El jóven viendo en el suelo  
alhaja de tal cuantía,  
juzga no ser conveniente  
allí dejarla perdida;  
pero al mismo tiempo viendo  
que tan sagrada reliquia  
no deberá ser osada  
á tocar su mano indigna,  
pensó que de ambos extremos  
lo más prudente sería  
consultar á un sacerdote  
que con sus luces le asista;  
bien para que alzar del suelo  
tal tesoro le permita,  
ó bien para que le explique  
tan incomprensible enigma.  
Con tal decisión, de nuevo  
pretende alzar las rodillas;  
pero no le fué posible,  
que clavadas las tenía.  
Entonces secreto impulso  
irresistible le incita,  
á cojer la flor aquella  
que deslumbra con sus chispas.  
Apenas llega su mano  
á tocarla, en ella mira  
la preciosísima prenda,  
y sus piernas por sí mismas  
levantándose del suelo,  
hacia la puerta le guían.  
Otra vez la voz del ángel  
le fortalece y anima  
diciéndole: «Guillen, marcha:  
»nada estorbe tu partida:  
»esa prenda que te llevas,  
»la Virgen te la dedica,  
»para que sea su precio  
»alivio de tus desdichas.  
»Deshecha podrás venderla  
»sin que suponga malicia:  
»nada temas aunque en ello  
»tal vez arriesgues la vida.»  
Dejó, pues, Guillen gozoso

la solitaria capilla,  
dispuesto á dar cumplimento  
á lo que le prevenia  
el arcano incomprendible  
de la Majestad divina.  
Cruzando el frondoso bosque,  
su paso seguro guia,

llegando pronto á estar dentro  
de la poblacion vecina,  
donde de una estrecha calle  
á lo largo se desliza,  
confundido entre las gentes  
que de la playa volvan.

TERCERA PARTE.

Algo más, ó poco menos  
pasado habrian tres meses  
desde el dia portentoso,  
maravilloso y solemne,  
que la Santísima Virgen,  
siempre pia, amante siempre,  
grande con revelaciones  
y con dádivas clemente,  
á Guillen en la capilla  
quiso dar á conocerse.  
Desde aquel dia, en el pueblo  
tales sucesos se ofrecen,  
que á los unos dan espanto  
y á los otros entretienen.  
Al faltar en la Guirnalda  
la más rica flor que tiene,  
los primeros que á la ermita  
llegaron, cuando le advierten,  
con indignacion concitan  
el ánimo de los fieles.  
Todos admiran el caso,  
y fácilmente comprenden  
que tan solo un desalmado  
y desesperado hereje,  
pudo cometer un robo  
tan sacrilégio y alevé.  
Del horroroso atentado  
sabe todo el pueblo en breve,

y el deseo del castigo  
de tal sacrilegio crece;  
mas como nadie sabia  
quién el delincuente fuese,  
por más que lo averiguaron,  
no pudo el caso saberse,  
hasta que de sus pesquisas  
por fin, se les aparece  
un hombre que segun dice  
de luengas regiones viene,  
y con diabólicas artes  
causa terror á la plebe  
y que de sábio hechicero  
adquirir fama pretende;  
y en efecto, muchas ciencias,  
artes y lenguas posee:  
ejecuta mil prodigios,  
y sabe los diferentes  
secretos que yerbas, plantas,  
piedras y frutos contienen.  
Sospecha el vulgo en el mago,  
y desde luego le prenden.  
Puesto á cuestion de tormento  
declara lo conveniente,  
pues aunque no es suyo el crimen  
que acumularle pretenden,  
con el poder de sus ciencias  
á descubrirlo se ofrece.

sí para ello le dejan  
libre volver á su albergue.  
El tiempo que ha señalado,  
como pide, le conceden,  
aunque muy bien vigilado,  
por si fugarse quisiere;  
y despues de varios signos  
y señales diferentes,  
con misterio ejecutados  
á descifrar claro viene,  
que quien ofendió sacrilego  
á la Reina de los reyes,  
hurtando de su corona  
la flor más resplandeciente,  
es un jóven que seguro  
de su delito se cree,  
pensando que no habrá nadie,  
que de su crimen sospeche;  
y á entregarle por sí mismo  
el mago se compromete,  
para que sufra la pena  
que su atentado merece.  
Todo salió cual decia:  
puesto en poder de los jueces  
el jóven que el hechicero  
designó por delincuente,  
confesó luego los cargos  
que contra él aparecen;  
y el tribunal de justicia  
su justo fallo profiere,  
con la sentencia que dictan  
en tales casos las leyes,  
para que tan negro crimen  
se castigue con la muerte.  
En la víspera del dia  
que el fallo cumplir se debe,  
y aprestándose á la fiesta  
con regocijo las gentes,  
de distintas poblaciones  
á la del suplicio vienen:  
que por más que tales actos  
puedan parecer crueles,  
á los curiosos atraen

y al populacho divierten.  
Conque llegada la noche,  
van todos á recogerse  
y descansar de aquel dia,  
para llegar al siguiente.

---

Apenas era el aurora  
y del invierno al principio,  
de aquel dia señalado  
para el terrible castigo  
del más horroroso crimen,  
pensado, oído, ni visto.  
No bien en el horizonte  
delineaba el sol visos,  
entre celajes de nácar,  
rayos de rojo y pajizo,  
(de un hermosísimo dia  
claro y evidente indicio)  
cuando el pueblo valenciano,  
sus penas dando al olvido,  
apresurado se agita,  
corre azorado, sin tino,  
poblando las anchas calles  
que conducen desde el sitio  
en que se encuentra el cadalso,  
hasta un antiguo edificio,  
que dá pavor con su aspecto  
ruinoso y ennegrecido;  
donde al llegar á las puertas  
á nadie le es permitido,  
por entre una fuerte guardia,  
penetrar en su recinto;  
pues dentro dél solo habia  
un aposento mezquino  
en que de seres vivientes  
pudieran hallarse indicios.  
Y era una lúgrubre estancia,  
que más bien parece abismo,  
pues jamás de luz entraba  
ni el más ligero resquicio.  
Fuera de su puerta estaban,

con imperturbable aviso,  
dos inmóviles soldados;  
y en su interior sumergido  
un hombre, que se ocupaba  
en los divinos auxilios  
que á su lado le ofrecía  
un sacerdote de Cristo.

Era el ajuar una cama,  
una mesa y dos banquillos,  
una estampa y dos rosarios,  
dos velas y un Crucifijo.  
Las gentes que aguardan fuera  
el instante apetecido,  
cuentan por fin que en la torre  
marca el eco fugitivo  
de una campana, diez veces,  
el momento decisivo.

Siguese luego de adentro  
un ronco y lejano ruido,  
que poco á poco se acerca,  
hasta llegar á ser visto  
en medio la calle un reo,  
de negro todo vestido.

Cabalga una hermosa mula  
por tener el Fuero escrito,  
«que si nobles hijos-dalgos  
una vez han delinquido,  
conservan sus dignidades  
hasta llegar al suplicio.»

De un tambor se oye el redoble  
y á su lúgrube sonido  
sigue una voz destemplada,  
que pronuncia á grandes gritos:  
«Hoy la justicia Divina  
»muestra su fallo inequívoco,  
»haciendo que ahorcado muera  
»por el horrendo delito  
»de haber robado en sagrado,  
»Don Guillen de Lara, hijo  
»de don Gonzalo de Lara,  
»hidalgo rico en lo antiguo.  
»Y pues tanta fué su culpa,  
»que pague su merecido.»

Cuando el pregon acababa  
sonó de marcha el aviso,  
y las gentes bulliciosas,  
como por secreto instinto,  
de pronto en piedad cambiaron  
su ansiedad y regocijo.

Por cláusula de sentencia,  
para llegar al suplicio  
debía pasar el reo  
por delante de aquel sitio,  
en que con mano sacrílega  
cometió el delito impío.

Así, pues, hácia la ermita  
de la Virgen conducido,  
contrastaba su semblante,  
(aunque pálido, tranquilo)  
su apostura y gentileza,  
su aspecto noble y sumiso,  
con lo negro de su culpa  
y triste de su conflicto.

Al pasar ante la puerta  
de la capilla, entrar quiso  
y á la Santísima Madre  
pedirla en su trance auxilio.

Para orar un corto instante,  
así le fué concedido;  
y cuando en el ara estuvo  
arrodillado y sumiso,

fué todo el pueblo asombrado  
con el sublime prodigio  
de volverle á dar la Virgen  
el capullo más lucido

que tenía en su guirnalda,  
eyéndose al tiempo mismo  
una voz fuera del templo,  
que decía entre alaridos:

«Don Guillen está inocente;  
»mi delacion fué artificio;  
»porque si él tuvo la joya,  
»la Virgen así lo quiso;  
»despues trató de venderla,  
»y se la compré yo mismo...»

Entonces el pueblo, lleno

de indignación al oírlo,  
quiso vengar en su sangre,  
al inocente oprimido.  
Mas al ir á ejecutarlo,  
resonó un fuerte estampido,  
y entre relámpagos, truenos,  
huracan, lluvia y granizo,

fué rápidamente el mago,  
el moro Abdul convertido,  
después de tantas maldades  
en los aires suspendido  
por una horrorosa sombra  
que con fuego se deshizo.



Después que pasó en el campo  
escena tan horrorosa,  
á la puerta de la ermita  
la muchedumbre se agolpa;  
y cuando Guillen acaba  
su plegaria fervorosa,  
es por todos conducido  
á su casa con gran pompa;  
donde luego que llegaron  
admiran las gentes todas,  
la más grande maravilla  
que con el de Lara obra  
la divina Providencia,  
en su gran misericordia;

pues que de su triste albergu  
ya no existia ni sombra,  
sino en su vez el palacio  
y la vega deliciosa,  
que convirtió el cielo en ruinas,  
y hermosa aparece ahora.  
Conque vuelto á sus estados  
y bienes, con tanta gloria,  
quedó en las generaciones  
después acá más remotas,  
consignado aquel prodigio  
que pasmo causa y asombra;  
honrando cual se merece  
*la Guirnalda Milagrosa.*

FIN.